

en el cielo que no hubiese sido ardiente y zeloso siervo de la Madre de Dios; reina y reinará siempre María en el corazón de todos los elegidos: *In electis meis mitte radices*. Cuando Dios escogió á María para madre de su hijo, la hizo soberana protectora y madre de todos los verdaderos fieles. De aquí nace sin duda aquella indiferencia, aquella frialdad, aquella aversión de todos los réprobos, de todos los enemigos de la religion contra la Madre de Dios. Deslúmbrales su resplandor, y no pueden sufrir su luz los ojos débiles y achacosos. Las almas rastreras no pueden levantarse á mirar su elevación y su grandeza. Pero los verdaderos fieles, á imitación de las celestiales inteligencias, no cesan de publicar sus alabanzas, reconociendo todos que, después de Jesu-cristo, toda nuestra devoción, toda nuestra veneración y toda nuestra confianza debe colocarse en María. Cuando Aaron con el incensario en la mano se arroja en medio del pueblo para que el fuego del cielo no le reduzca á cenizas, entonces se deja Dios aplacar por el incienso, dice un gran siervo del Señor. Aun el mismo Señor, cuando en el furor de su ira parece resuelto á exterminar á su pueblo en castigo de sus maldades, busca un solo hombre justo que aplaque su indignación, y se queja de que no pueda encontrarle: *Quæsi vi de eis unum qui interponeret sepem, et staret oppositus contra me pro terra, ne dissiparem eam; et non inveni*. No me admiro, no, ó Padre de las misericordias. Aun no habia nacido María en aquellos desgraciados tiempos; aun no habiais concedido al mundo tan poderosa medianera; pero después que tuvimos la dicha de lograrla, ¡cuántas veces aplacó vuestra justa indignación! ¡cuántas detuvo vuestro brazo vengador! ¡cuántas se puso entre vos y el pecador, presentándoos las lágrimas que nos hacia derramar el arrepentimiento, consiguiendo el perdón de nues-

tras culpas, y forzando, por decirlo así, vuestra providencia á explicarse en milagros y en prodigios para darnos la salvación! Dichosa, pues, el alma que colocó en María su confianza; dichosa la que, venerando profundamente al Hijo, aprendió desde su infancia á implorar la protección de la Madre; la que nunca separó en su corazón al uno de la otra, ni movida de cierto engañoso zelo, se privó miserablemente de uno de los mas poderosos y mas eficaces medios que tenemos para salvarnos.

El evangelio es del cap. 11 de san Lucas.

In illo tempore : Loquente
Jesu ad turbas, extollens vocem
quædam mulier de turba,
dixit illi : Beatus venter, qui
te portavit, et ubera, quæ
suxisti. At ille dixit : Quinimò
beati, qui audiunt verbum Dei,
et custodiunt illud.

En aquel tiempo, hablando
Jesus á las turbas, alzó la voz
cierta mujer de en medio de
ellas, y le dijo (á Jesus) :
Bienaventurado el vientre que
te llevó, y los pechos que ma-
maste. Pero él respondió: Antes
bienaventurados aquellos que
oyen la palabra de Dios, y la
observan.

MEDITACION.

LOS BIENES QUE LA SANTÍSIMA VÍRGEN PROCURA Á SUS
VERDADEROS DEVOTOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera lo que dice san Antonino acerca de la devoción á la santísima Virgen. Aplícale este gran siervo suyo lo que dice Salomón de la sabiduría, símbolo de la misma Señora, según el Espíritu Santo: *Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa, et innumeralibilibus honestas per manus illius*: viniéronme con ella todos cuantos bienes podía desear; fueron sin número las honras y las gracias de que me llenó. Esto mismo pueden decir los verdaderos devotos de la Virgen.

Los bienes temporales solo se llaman bienes por analogía; son bienes aparentes, superficiales, caducos y siempre insuficientes. Ninguno es capaz de llenar nuestro corazón, y ninguno hay que no le altere. Los verdaderos bienes del hombre son los espirituales, bienes que satisfacen, bienes sólidos, bienes que verdaderamente lo son para el tiempo y para la eternidad. Tales son las gracias del Redentor, todas de infinito precio; la inocencia, la devoción, las virtudes, el vencimiento de las pasiones y de las tentaciones, los actos de virtud, el perdón de los pecados, la perseverancia en el bien y la gracia final. Estos son los bienes que se deben estimar, los que merecen llamarse bienes del hombre, los únicos que son dignos de nuestros deseos, y objeto noble de nuestra cristiana ambición. Estos son también los que nos granjea la verdadera devoción a la santísima Virgen, tesoro y distribuidora de las gracias del Redentor, como la llaman los santos. ¿En quién los derramará esta Madre de misericordia sino en sus queridos hijos, en sus fervorosos y fieles siervos? ¿quiénes se podrán lisonjear de tener más parte en ellos sino los que la aman con ternura, los que la honran con zelo, y los que se dedican a servirla con amor y con fidelidad? Así como el pecado enfria y apaga la devoción a la Virgen, así la gracia y la inocencia la vigorizan y la fomentan. No admite María en su servicio sino almas verdaderamente puras; y por eso la verdadera devoción a la Virgen se reputó siempre por una señal poco dudosa de una vida verdaderamente cristiana; siendo esta misma vida fruto de la misma devoción, y efecto de la especial protección de la Madre de Dios: *Non sicut timent hostes visibiles hostium multitudinem copiosam*, dice san Bernardo, *sicut aerea potestates Mariae vocabulum et patrocinium*. Ego temen tanto los hombres a un numeroso ejército de enemigos, como las potes-

tades del infierno a solo el nombre y la protección de María. Todo devoto de esta Señora tiene derecho para lisonjearse de esta protección; ninguno deja de experimentar su poder cuando se ofrece la ocasión. ¡O buen Dios, y qué auxilio tan poderoso es contra todas las tentaciones la devoción a la santísima Virgen!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la santísima Virgen es el refugio de los pecadores, y como a tales les alcanza el perdón de los pecados. Una de dos: ó se deja de ser pecador, ó se deja de ser devoto de María. Esta amable Madre de misericordia aborrece al pecado; pero ama con ardiente caridad a los pecadores, y les obtiene su conversión. A ella deben aquellas gracias prevenientes, aquellas gracias eficaces que los mueven a convertirse. Pudiéndolo todo con su querido Hijo, en nada emplea con más gusto su poder que en favor de estas almas descaminadas. Gran consuelo es para los pecadores hallar en María no solo asilo seguro contra los rayos de la justa cólera de Dios, sino también una abogada poderosa. De aquí nacen todas aquellas gracias que acompañan a la verdadera devoción; de aquí aquellos prodigios de conversión que no quieren creer los enemigos de María, y experimentan en sí sus fieles siervos. Pero siendo tan favorable y tan benéfica con los pecadores, ¿qué no hace con los justos? ¿qué gracias, qué favores no les alcanza del cielo? ¿qué maravilla es en vista de esto que los mayores santos de la Iglesia hubiesen profesado tan tierna y tan encendida devoción a la santísima Virgen, ni cómo podían dejar de ser tan grandes santos profesándole tan encendida y tan tierna devoción? *Ego diligentes me diligo*. Ama la Virgen a los que la aman, según la expresión de la Escritura, que aplica la Iglesia a la Madre de Dios. ¿Qué gracias, qué

proteccion, qué favores no deben esperar de esta fuente de bondad? ¿qué auxilios en la vida, y qué amparo en la hora de la muerte? Aquella gracia final que nunca se puede merecer, y es como el sello de nuestra predestinacion; aquella última gracia de que depende la eterna felicidad, es el mas precioso don que la Virgen alcanza de Jesucristo en beneficio de sus fieles y fervorosos siervos. Por esta razon le hace la Iglesia, y nos exhorta á nosotros que sin cesar le hagamos esta oracion: Santa Maria, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte: *Sancta Maria Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus, nunc, et in hora mortis nostræ. Amen.*

Hacedlo así, Virgen santísima, rogad por mi; y sobre todo, alcanzadme la gracia de que os ame, de que os honre y de que os sirva sin aflojar y sin entibiarme todos los dias de mi vida, para conseguir por vuestra intercesion la perseverancia final en la hora de la muerte.

JACULATORIAS.

Dignare me laudare te, Virgo sacrata. Eccl.

Dignaos, ó Virgen santísima, alcanzarme gracia para amaros, y para cantar vuestras alabanzas por todos los dias de mi vida.

Sancta Maria, succurre miseris, juva pusillanimes, refove debiles, ora pro populo, interveni pro clero, intercede pro devoto femineo sexu: sentiant omnes tuum juvamen, quicumque celebrant tuam sanctam commemorationem.

Santa Maria, socorre á los afligidos, alienta á los pusilánimes, enjuga las lágrimas de los que lloran, ruega por el pueblo, empeñate por el clero, intercede por el devoto sexo femenino. Sientan, en fin, los efectos de tu proteccion todos aquellos que cantan sin cesar tus alabanzas.

PROPOSITOS.

1. Si la Iglesia encontró en el titulo de *Madre de Dios* un objeto tan digno de veneracion que proponer al respeto de todos los fieles, en el mismo titulo halló tambien otra cosa de mayor consuelo y de mayor edificacion para todos nosotros. En él descubrió aquellos inmensos tesoros de gracias que ofrece á todos sus hijos. En él halló una medianera que lo puede todo, un asilo que franquea á todos los pecadores, una madre llena de ternura, como ya hemos dicho, para con todos los hombres. Teniendo siempre á la vista estos motivos de devocion y de confianza, no solo debes recurrir á la Virgen en todas ocasiones, sino dar pruebas prácticas de tu zelo por su culto; de tu devocion y de tu amor en todas las horas del dia. Es devocion muy provechosa y muy familiar á sus verdaderos siervos rezar *el Ave Maria* siempre que da la hora. Toma desde luego esta devocion, que sin duda es muy agradable á la Madre de Dios, y de grande utilidad espiritual para los fieles.

2. Excita en tu corazon algun zelo por la redencion de los cristianos cautivos. Cosa extraña es que los fieles mas afligidos sean los mas olvidados. Entre los infieles de Berberia no tienen que esperar alivio ni consuelo. Son cautivos precisamente porque son cristianos: el lastimoso estado en que se hallan es capaz de enternecer los corazones mas duros; peor alojados y peor tratados que los animales mas viles; todo el dia tirando del carretón ó trabajando en las obras públicas de mayor fatiga, y tratados como perros, sin otro sustento, por lo comun, que el que sobra del que se da á estos animales domésticos. Solo les es lícito padecer, sin concedérseles la libertad de quejarse. Cada instante en peligro de apostatar, pues se los maltrata para obligarlos á renunciar la fe y aban-

donar la religion, y todo sin consuelo y sin alivio. Los pobres y los miserables que viven dentro de las poblaciones cristianas, vienen por sí mismos á exponernos sus necesidades; pero nuestros hermanos cautivos carecen de este consuelo. Es gran dureza olvidarlos porque no pueden venir á representarnos su miseria. Ten mucha compasion de aquellos pobres abandonados. No puedes hacer limosna mas cristiana ni mas grata á Dios y á la santísima Virgen. Haz esfuerzos de caridad para socorrerlos. En todos los pueblos hay cepos y cajas para la redencion, echa en ellas largamente toda la limosna que pudieres; algun dia sabrás que con ella conservaste la vida y la fe de algun miserable cautivo. Acaso no hay obra de misericordia que sea mas agradable á los ojos de Dios. « Las piadosas leyes de España anulan los testamentos en que no se deje alguna limosna para la redencion y para la casa santa de Jerusalem, que tambien se debe considerar en cierta especie de cautiverio. Con ninguna otra necesidad se practica semejante demostracion; señal cierta de que nuestros religiosos legisladores reputaron esta por la mayor y por la mas urgente. No te contentes, como lo hacen tantos, con dejar señalada una misma cantidad para cumplir con la corteza de la ley; esto en rigor mas es eludirla que observarla. Confórmate con su espíritu mas que con su letra, y cuando estés para comparecer delante de tu Redentor, acredita en tu última disposicion que quieres imitarle seriamente en el oficio de tal. »

DIA VEINTE Y CINCO.

SAN FERMIN, OBISPO Y MÁRTIR.

Fué san Fermin natural de Pamplona, y su familia una de las mas nobles del país. Obtenia su padre Firmo uno de los primeros cargos en el gobierno de la ciudad y del senado; ni era de menos ilustre nacimiento su madre Eugenia; pero ambos tenian la desgracia de ser idólatras como todo el resto de la ciudad, en la cual aun no se habia anunciado el Evangelio. Iban un dia juntos al templo de Júpiter para ofrecerle sacrificio en compañía de los demás ciudadanos, y en el camino, por dichosa disposicion de la divina Providencia, encontraron á un sacerdote de Jesucristo, llamado Honesto, que estaba predicando al pueblo el Evangelio de la salvacion. Detúvolos la curiosidad de oir al extranjero, cuya gravedad, cuya dulzura y cuya modestia les llevó desde luego toda la atencion; pero mucho mas los arrebataron las nuevas, pero grandes verdades que le estaban escuchando. Acabado el sermón, le suplicaron se sirviese ir á su casa para explicarles á ellos mas despacio y mas en particular lo mismo que en general y rápidamente le habian oido anunciar á la muchedumbre. Condescendió gustoso san Honesto; pasó á casa de Firmo, y este le preguntó quién era, de dónde venia, y con qué autoridad intentaba exterminar la antigua religion que todos profesaban para introducir otra nueva. Respondió á todo generosamente que era cristiano, que venia de Tolosa, que con mucha honra suya era capellan del santo obispo Saturnino, quien le habia enviado para disipar las tinieblas del error en que vivian, y para descubrirles